

La economía mundial después del 11 de septiembre

**Juan Carlos Moreno-Brid /
Juan Ernesto Pardinás**

Si bien los efectos económicos de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 son contradictorios, al parecer sus consecuencias en términos de políticas económicas apuntan a un cambio notorio de criterios. Al mismo tiempo, una serie de cuestiones que hasta ahora trababan los avances hacia un ordenamiento más justo del comercio mundial, parecen empezar a despejarse. La reconstrucción de una sensación de seguridad en las naciones desarrolladas tendrá que pasar por la construcción de una estabilidad política, un mayor desarrollo y mayor equidad en las regiones más pobres.

Los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 y la subsecuente guerra en Afganistán, además de la destrucción y las muertes y heridas que causaron, han venido a deteriorar el clima de negocios y de inversión en el ámbito internacional. Ello ocurre en un crítico momento económico mundial en que, por vez primera en décadas, las tres economías más grandes –Estados Unidos, Japón y la Unión Europea– se encuentran simultáneamente en fases de lento o nulo crecimiento. De hecho, desde meses atrás la actividad productiva en cada uno de estos países tenía escaso impulso, además de que sus mercados accionarios seguían sin repuntar.

Juan Carlos Moreno-Brid: asesor regional de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe - Cepal, México.

Juan Ernesto Pardinás: investigador del Centro de Investigación para el Desarrollo, A.C. - Cidac.

Nota: Las opiniones expresadas en este trabajo no necesariamente coinciden con las de la Cepal o del Cidac.

Palabras clave: 11 de septiembre de 2001, economía mundial, comercio internacional.

En efecto, la economía de Japón acumula ya más de una década de escaso crecimiento. Su estancamiento refleja la debilidad de sus exportaciones y de su gasto privado reflejando, este último, las desfavorables expectativas de inversión y las distorsiones críticas de su sistema bancario. Un elemento que también influye es el que la instrumentación de una reforma financiera profunda sigue pendiente ante la falta de consenso acerca de cómo resolver el problema político clave: ¿Quién y cómo pagará el costo de los préstamos perdidos? Asimismo, la economía europea, no obstante el exitoso avance hacia su integración y unificación monetaria, no alcanza a insertarse en una senda de crecimiento elevado. Trabada por la rigidez de su marco institucional en lo que concierne al diseño de la política fiscal, es incapaz de poner en marcha un programa anticíclico de gasto público que ayude a reanimar la actividad productiva y el empleo. De no ser por la depreciación real del euro, su escaso dinamismo económico hubiese sido más lento.

***Una vez que
la burbuja
accionaria
reventó, cesó
la expansión
económica***

Por su parte, EEUU ya estaba al borde de una recesión antes del 11 de septiembre. El prolongado *boom* que vivió en la década anterior estuvo sustentado en el alza del consumo particular, lo que se reflejó en una caída notable en la tasa de ahorro privada y un fuerte endeudamiento, apalancado parcialmente en las ganancias de capital del mercado de valores. Esta dinámica de funcionamiento era, en última instancia, insostenible¹. Una vez que la burbuja accionaria reventó, cesó la expansión económica. Como afirmara el reciente premio Nobel, Joseph Stiglitz, el ataque terrorista no provocó, sino más bien confirmó, la recesión. Baste señalar que la producción industrial había caído durante 12 meses consecutivos; el periodo más largo desde 1944. En este lapso se perdieron 1,1 millones de empleos manufactureros, desde su nivel más alto en julio de 2000. Y ello no obstante que entre enero y agosto de 2001, la Reserva Federal estadounidense redujo siete veces la tasa de interés interbancaria buscando inyectar mayor liquidez para estimular el gasto privado.

Si se profundiza la tendencia recesiva, que ya acusaban las tres grandes economías, puede deprimirse no solo su inversión externa directa (IED) sino también el comercio internacional. Dicho debilitamiento del intercambio comercial y de los flujos de capital restringiría, en particular, la disponibilidad de divisas para los países en desarrollo y opacaría sus perspectivas de crecimiento económico.

1. V. Godley e Izurieta: «As the implosion begins...? Prospects and Policies for the U.S. Economy», The Levy Economics Institute, Strategic Analysis, Annandale-on-Hudson, 2001.

En el caso de América Latina, el panorama se complica dada su fuerte relación con la economía de EEUU y los efectos colaterales de la crisis en Argentina. Entrando en su cuarto año de recesión, la economía sureña adolece de graves problemas fiscales y de balanza de pagos de un modo que, según algunos analistas, podría inaugurar una nueva crisis de deuda internacional.

En estas condiciones urge evaluar la magnitud del impacto económico de los hechos del 11 de septiembre, de la subsecuente acción bélica en Afganistán y de los atentados perpetrados con material bacteriológico. Es necesario distinguir los efectos de corto plazo y los que podrían marcar de manera prolongada la

¿Qué tanto se han deteriorado las expectativas de inversión en las economías industrializadas a raíz del 11 de septiembre?

evolución de la actividad productiva, la inversión y el comercio internacionales. Al respecto puede señalarse tres tipos de efectos adversos, además de la irreparable pérdida de vidas humanas². El primero comprende los daños derivados de la destrucción de edificios, maquinaria, equipo y demás activos físicos. Un segundo efecto surge del alza en los costos de operación, y de transacción en general, resultante del riesgo de que ocurran nuevos ataques terroristas similares. En EEUU, desde

las oficinas de correo hasta las plantas generadoras de energía eléctrica han tenido que adecuar sus provisiones de seguridad a las nuevas amenazas –reales o hipotéticas. En menor grado las empresas en otras latitudes también han adoptado más medidas de vigilancia. Todas han tenido que enfrentar el alza en las primas de ciertos seguros. Finalmente un tercer y último efecto es el que surge de la incertidumbre que generaron los hechos terroristas y el inicio del conflicto armado, sobre las perspectivas de negocios y de inversión.

El primer efecto, que inicialmente atrajo la atención, tiene un costo relativamente limitado. En cierta medida semeja el daño directo que producen los desastres naturales, como terremotos o inundaciones. Su monto asciende, en esencia, al del costo de reposición de los activos dañados. Paradójicamente, si se procede pronto a reconstruirlos, el impacto sobre el nivel general de actividad económica puede ser favorable, sobre todo en sectores como la construcción y la provisión de ciertos equipos y materiales. En todo caso, su impacto se circunscribe básicamente al área afectada. El segundo efecto mencionado eleva

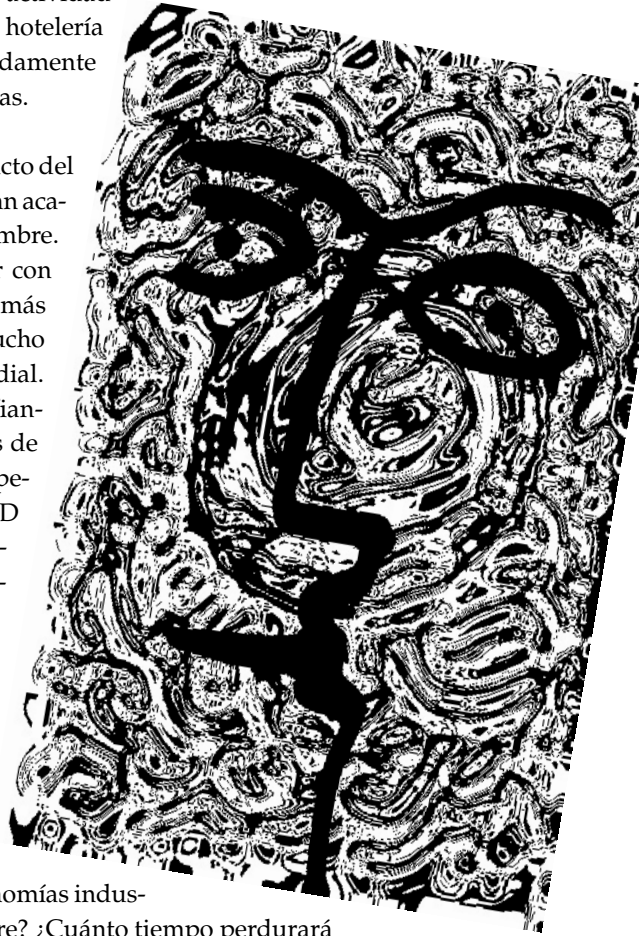
2. Cabe subrayar que en esta ocasión no se aborda el análisis del impacto sobre la economía de Afganistán que, sin duda, ha sido enorme. Dicho impacto depende del desenlace y duración del actual conflicto bélico, del tipo de régimen político que se establezca y del apoyo que otorgue la comunidad internacional para la reconstrucción y el desarrollo económico.

los costos de operación, transporte y comercialización. Además la percepción de un mayor riesgo tiende a deprimir la demanda de ciertos servicios, lo que ayuda a explicar el desplome de la actividad en industrias como las de aviación, hotelería y turismo. Su impacto ya incide agudamente en varias economías latinoamericanas.

El tercer efecto identificado es producto del clima de mayor incertidumbre que han acarreado los hechos del 11 de septiembre. Este efecto es difícil de contabilizar con precisión, pero probablemente es el más relevante ya que puede postergar mucho la reactivación de la economía mundial. Sin duda, los elementos de desconfianza que introdujo en las perspectivas de negocio deprimen la inversión. Especialmente afectada puede verse la IED hacia países en desarrollo, en la medida en que sus condiciones de seguridad sean percibidas como más frágiles. Todo ello puede golpear con fuerza a las economías de nuestra región al cortar sus exportaciones y remesas del exterior, a la vez que reduce la inversión.

¿Qué tanto se han deteriorado las expectativas de inversión en las economías industrializadas a raíz del 11 de septiembre? ¿Cuánto tiempo perdurará su efecto? Si bien estas interrogantes hoy por hoy no se pueden contestar, es evidente que un elemento indispensable para restablecer la confianza de los inversionistas y de los consumidores en general es evitar nuevos ataques terroristas. Estados Unidos y los demás países desarrollados, actuando por sí solos, no podrán lograr dicho objetivo. El endurecimiento en sus políticas migratorias o el incremento en su gasto militar tiene alcances muy limitados.

La idea de que la pobreza es, en el fondo, la causa más importante del terrorismo es muy debatible. Sin embargo, es claro que en las circunstancias actuales, la lucha contra el terrorismo requiere la cooperación y compromiso de la mayo-



ría de las naciones, tanto de las más desarrolladas como de las pobres. Difícilmente se conseguirá dicha participación efectiva si las primeras no muestran más sensibilidad a la problemática de las segundas, sea ésta económica, financiera o comercial. Dicho cambio en el espíritu de cooperación –o puesto de otra forma, en la correlación de fuerzas e intereses en el campo de negociaciones internacionales– tendría implicaciones mayúsculas sobre la evolución de las economías menos desarrolladas.

Los hechos sugieren que un cambio en la dirección señalada parece comenzar a permear algunos foros internacionales. Por ejemplo en la reunión del G-20 celebrada en Ottawa en noviembre de 2001 se decidió pedir la cooperación internacional contra el terrorismo, y se recomendó aplicar medidas para cancelar el acceso de dichas organizaciones a los sistemas bancarios. A la vez, se instó a los miembros a que, ante el incierto panorama económico global, otorguen prioridad a la búsqueda de formas de apoyo a los países en desarrollo. De hecho se especificó explícitamente que los ministerios de Finanzas del G-20 investiguen la viabilidad de conformar un mecanismo que ayude a instrumentar una moratoria suave de la deuda externa de algunos países en desarrollo que no puedan cumplir con sus obligaciones financieras³.

Otro ejemplo se observó en la reunión de Doha (Qatar) celebrada también en noviembre, donde se acordó echar a andar una nueva ronda de negociaciones internacionales para profundizar la apertura comercial, la Ronda Doha o Ronda del Desarrollo. Hay consenso de que este acuerdo busca reactivar el intercambio comercial y el crecimiento económico para enfrentar la recesión mundial, lo que se logró gracias a que los ministros de los países desarrollados –influidos por la necesidad de conseguir el apoyo pleno en su campaña contra el terrorismo– aceptaron tomar en cuenta ciertos temas que sistemáticamente habían sido rechazados durante los siete años anteriores. Estos temas incluyen en particular la posibilidad de: a) flexibilizar las exigencias del sistema de patentes a fin de permitir la producción y distribución de medicamentos para atender emergencias epidémicas; b) reducir los subsidios a la producción agrícola en países desarrollados; y c) eliminar el uso de barreras no arancelarias que restringen el acceso a los mercados internacionales de ciertos productos provenientes de las economías en desarrollo.

Será deseable que estas decisiones se acompañen de acciones concretas que permitan a corto plazo fortalecer las capacidades de desarrollo e innovación de

3. V. *Reforma*, 17/11/01, México.

las economías menos favorecidas. Un ejemplo podría ser garantizándoles acceso franco a sus exportaciones hacia los mercados de países industrializados, lo cual requeriría que estos países pronto eliminen las barreras arancelarias y no arancelarias que limitan el ingreso de bienes –tanto agrícolas como de otro tipo– producidos en economías semi-industrializadas.

En la medida en que cobre impulso una renovada forma de cooperación más amplia entre las naciones más y menos favorecidas, cabe esperar que la economía mundial salga más pronto de su fase recesiva y corrija algunos de los efectos adversos de los hechos del 11 de septiembre y del conflicto bélico. A ello ayudará, también, el giro que se está dando en la política económica de EEUU a favor del uso más decidido de la política fiscal –y no solo la monetaria– para estimular la reactivación económica.

Los escombros de las dos Torres Gemelas confirman, con crueldad, el lugar común de que el planeta es una aldea. Con la globalización, todos los países somos, tarde o temprano, vecinos. La necesidad de cooperación de las naciones –independientemente de su nivel de desarrollo– es hoy día muy fuerte. Así, en estas condiciones, cabe afirmar que la reconstrucción de una sensación de seguridad en las naciones desarrolladas parece que tendrá que pasar por la construcción de una estabilidad política, un mayor desarrollo y mayor equidad en las regiones más pobres.

